

la venta y la compra, que no son en sí mismas sino brutalidades enmascaradas».—Y para no repetir conceptos análogos, que sería inacabable, no transcribimos nada de Campanella, Babeuf, Owen, Fourier, Cabet, y tantos otros, aun prescindiendo de la brillante pléyade de vivientes notabilidades que combaten la propiedad privada con gran caudal de conocimientos.

En la época presente se alardea mucho de que ni el derecho de conquista se reconoce, ni se usan aquellos procedimientos bárbaros de antaño, porque el derecho, la justicia, se imponen en nuestra civilización; pero en nombre de esta civilización, y con refinada hipocresía, se verifica la misma brutalidad, el mismo despojo, igual usurpación de la tierra en América, Africa, Asia y Oceanía, á pesar de consignarse en todos los códigos de las naciones invasoras el precepto jurídico de que «nadie puede enriquecerse á costa de otros»; y si es ilícito aun en jurisprudencia medrar á costa ajena, mucho más debe condenarse la apropiación de las cosas naturales, que no son ni pueden ser de propiedad privada, sino para la natural satisfacción de las necesidades de todos los seres.

Pero el derecho de propiedad es muy extenso: está infiltrado en todo. Y debemos repetirlo: para nosotros todo capital, toda riqueza acumulada por y para el individuo, es propiedad privada, y en todo concepto, tan ilegítima y arbitraria como la de la tierra. De la misma manera que negamos la justicia de la propiedad del suelo, porque el propietario no lo ha creado, la negamos de todo capital, porque no es un producto del solo esfuerzo del poseedor.

La única potencia creadora de toda riqueza, es el trabajo; el único productor, el obrero. Ningún hombre rico puede haber producido con su propio trabajo todo lo que posee, porque ello es materialmente imposible. Luego ha usurpado una gran cantidad de esfuerzo, de trabajo ó de productos de otros. Esto es tan cierto, tan lógico, como

dos y dos son cuatro. Pero más científica y elocuentemente que nosotros explica Kropotkin cómo se forma la riqueza social, que acapara una ínfima parte de privilegiados, y con su transcripción nos daremos perfecta cuenta del desbarajuste económico dominante y de la manifiesta injusticia con que se apropian los llamados *propietarios* de lo que ningún trabajo les cuesta:

«La humanidad ha recorrido largo camino desde las edades lejanas—dice este profundo pensador—durante las cuales el hombre, elaborando en sí flex útiles rudimentarios, vivía de los azares de la caza y no dejaba otra herencia á sus hijos que un abrigo debajo de las rocas, que pobres utensilios de piedra—y la Naturaleza, inmensa, no comprendida, terrible, con la que tenían que entrar en lucha para conservar su mísera existencia.

»Durante este período confuso, que ha durado miles y miles de años, el género humano ha, sin embargo, acumulado tesoros inauditos. El ha limpiado el suelo de malezas, desecado pantanos, abierto paso en los bosques; ha trazado caminos; ha edificado, inventado, observado, razonado; ha creado utensilios complicados, arrancado sus secretos á la Naturaleza, subyugado el vapor; de tal manera, que á su nacimiento el ojo del hombre civilizado encuentra hoy día á su servicio todo un capital inmenso acumulado por los que han le precedido. Y este capital le permite ahora obtener, solamente con su trabajo, combinado con el de los demás, riquezas que sobrepujan las aficiones de los orientales en sus cuentos de las *Mil y una noches*...

»Los prodigios realizados en la industrias son aún más sorprendentes. Con estos seres inteligentes, las máquinas modernas, fruto de tres ó cuatro generaciones de inventores, la mayor parte desconocidos, cien hombres fabrican en un año lo suficiente para vestir diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para calentar diez mil familias en un clima riguroso. Y se ha